

## Capítulo 12

# Nota sobre Pasinetti, los bienes autorreproducibles y el “factor” trabajo (2005)

### 1. Introducción

En mi opinión, tanto *Structural Change and Economic Growth* (1981) como *Structural Economic Dynamics* (1993) son trabajos teóricos de primera categoría. Estos dos libros de Luigi Pasinetti se distinguen por su talante crítico, por adoptar como trasfondo el enfoque de la reproducción y el excedente, por presentar análisis profundos capaces de esclarecer rasgos importantes del campo de la economía. Sin embargo, se deslizan en estas obras algunos supuestos que, sin arruinar las bases teóricas sostenidas por el maestro Pasinetti, distorsionan en demasía las tramas objetivas de las interdependencias económicas reales y, encima, pueden dificultar algunas alianzas prometedoras con otras corrientes críticas, en particular, con la “economía ecológica” y la “economía feminista”.

Pues bien, las dos tesis controvertibles que voy a examinar someramente en este capítulo son: 1) la presunta irrelevancia de las productividades intrínsecas de los bienes autorreproducibles; 2) la caracterización del trabajo como “factor último de la producción”.

## 2. Bienes autorreproducibles

En *Structural Change and Economic Growth*, Pasinetti, al estudiar los rasgos "naturales" (yo diría: "transistémicos") de un sistema económico en movimiento, niega de plano toda pertinencia económica a los rasgos reproductivos específicos de ciertos bienes. Expone sus razones con las siguientes frases:

*"The physical productivity of commodities simply is a part of their technical or biological properties, which for Man is a datum. What becomes relevant, for economic purposes (...) is only the amount of human activity which is required, whether directly or indirectly, to make a technological or a biological process work"* (131).

Poco después reafirma este punto de vista radical:

*"what becomes economically relevant is only and exclusively the productivity of labour"* (132)

Insiste luego en que *"It is the hyper-indirect labour (...) that determines the natural [sic] rate of profit"* (133, n. 3). Pasinetti cree que ello se sigue *"logically and inevitably from the very approach to economic reality taken in the present work. Labour emerges from the very logic of the present analysis as the only ultimate factor of production"* (133). En nota a pie de página puntualiza que *"the physical productivity /of rabbits, for example/ is a biological property which, along with all other technical properties, will set constraints. (...) But (...) to set a constraint to is something quite different from determining an economic magnitude"* (133, n. 3).

En mi opinión, estas consideraciones, sin ser del todo incorrectas, resultan teóricamente empobrecedoras. En realidad, no se derivan del "enfoque" adoptado, sino de los "supuestos" asumidos. Precisamente dado que sintonizo por

completo con el enfoque, deseo mostrar que los supuestos explícitos manejados por él tienen una serie de limitaciones teóricas que conviene revelar y corregir.

Pero prosigamos con el análisis de Pasinetti. Para remachar su postura propone luego el siguiente ejemplo ilustrativo: *“The fact, for example, that machine A can produce 1 unit of commodity a per day and machine B can produce 100 units of commodity b per day is a technical characteristic. For pricing purposes, what matters is the amount of human activity which has been and has to be used. If the two machines have been made from the same inputs, and if they are operated by the same amount of labour, the value of their daily product –however different their physical productivity may be– will be the same. The price of b will be 1/100 the price of a”* (131).

Ahora bien, para que este argumento sea riguroso hay que suponer también que las dos "máquinas" tienen igual duración e idéntico valor residual, añadidos que caen por su propio peso; de forma que este error por omisión puede ser juzgado como un lapsus sin importancia ni trascendencia.

A continuación, para visualizar el asunto con detalle, procedemos a expresar estas ideas en términos semiformalizados, modificando ligeramente las cuantías para facilitar la comparación ulterior. Condensó el enunciado con los siguientes símbolos: S = "servicio de"; L = "días de trabajo"; I = "inputs";

→ = "se transforman, tras un determinado lapso temporal  $t$ , en".

$$S(A) + L_a \longrightarrow 10 a$$

$$S(B) + L_b \longrightarrow 100 b$$

$$I_A + L_A \longrightarrow A$$

$$I_B + L_B \longrightarrow B$$

Si suponemos que  $I_A = I_B$  y  $L_A = L_B$  se sigue que, desde el punto de vista de la producción, A y B son "hermanos gemelos" y que la relación valorativa normal será  $V(A) = V(B)$ , esto es, el valor teórico de A y B coinciden. Por supuesto, para que coincidan también los valores de los respectivos servicios es necesario que ambas "máquinas" "contengan" la misma cantidad de servicios potenciales (y con la misma periodicidad) y que el valor residual de las máquinas sea idéntico. Añadiendo la suposición de que  $L_a = L_b$ , se sigue del conjunto de premisas que  $V(a) = V(10 b)$ . Este es, en síntesis, el ejemplo propuesto por Pasinetti.

Construyamos ahora, a fin de contrastar las posiciones, un ejemplo paralelo con bienes autorreproducibles C y D, que tienen el mismo período de maduración y que operan como capital circulante. Expresemos los procesos bajo el formato de líneas de producción:

$$C + L_C \longrightarrow 10 C$$

$$D + L_D \longrightarrow 100 D$$

Si suponemos que  $L_C = L_D$  ó  $V(L_C) = V(L_D)$ , se sigue que (dejando a un lado la eventual incidencia de otras variables distributivas) la relación entre los precios teóricos de C y D vendrá determinada por:

$$9 p_C = 99 p_D$$

o sea,  $V(C) = V(11 D)$ , o bien

$$p_D = 1/11 p_C$$

La ligera discrepancia en los resultados obtenidos en estos dos ejemplos similares no delata contradicción, sino que se deriva de la pequeña diferencia entre los respectivos supuestos que se han

manejado. Pasinetti, en su maqueta ilustrativa, supone conocidas las cantidades de trabajo indirecto cristalizadas en un bien. Nosotros consideramos que, aunque cognoscibles, a menudo requieren la sumación de una larga serie (infinita, en términos lógicos). Por lo tanto, siempre que sea posible, parece mejor operar sobre datos observables. Nuestro planteamiento analítico tiene además la virtud de poner de relieve el impacto de los "coeficientes propios de autorreproducción" o de las equiparables "tasas específicas de excedente" (que definiré más adelante) sobre los precios relativos. Adviértase, encima, la dispar cantidad de información requerida para procesar el primer ejemplo y el segundo.

Nótese, por otro lado, que la capacidad reproductiva que tomamos en cuenta (lo que acabo de bautizar como "tasa específica de excedente") no es una propiedad biológica, sino un conglomerado biotecnoeconómico: el espantapájaros también cuenta, y un campesino no está obligado a esperar el agotamiento reproductivo de una coneja para desprenderse de ella. Desde luego, dichas tasas no son "constantes" transhistóricas, sino magnitudes cambiantes; pero, aunque varían a lo largo del tiempo histórico, es claro que sus valores numéricos poseen una notable estabilidad estructural. Por tanto es legítimo considerar estos valores como "parámetros" representativos de una economía durante períodos más o menos dilatados, y merecen asimismo ser tratadas esas magnitudes como "variables independientes" en el seno de la relación funcional que en ciertas circunstancias puede vincularse con un cociente de precios ("variable dependiente") (cf. Barceló, 1990).

No son éstas, por lo demás, consideraciones sin precedentes doctrinales significativos. Ya Galiani, en 1751, argumentaba que *"la madera de pino o de nogal es más cara que la de álamo u olmo, a causa del crecimiento más lento de los primeros"* (Galiani, 1966, 77). Y López de Peñalver, en 1812, demostró que el precio relativo del trigo respecto de la cebada podía conectarse

con las proporciones entre cosecha y simiente de cada uno de estos cereales. Evidentemente estas proporciones no son “inmutables”, como afirmó, por prejuicio y descuido, Galiani en 1770 (Galiani, 1967, 244), sino que van modificándose con diversos tipos de cambios técnicos. Los registros de la historiografía agraria lo han puesto bien de manifiesto (cf. Slicher van Bath, 1963, *Apéndice*, Tablas 2 y 3).

Ciertamente, todos suscribimos, creo yo, que “*Economic phenomena certainly are not independent of the chemico-physical laws that govern our external and internal environment, but they are not determined by these laws. It is because the economic has its proper laws that one dollar spent on caviar does not buy the same free energy as when spent on potatoes*” (Georgescu-Roegen, 1986, 272). Pero el fondo de mi objeción estriba en que no es de recibo pasar por alto como irrelevantes estos parámetros. Es cierto desde luego que, mediante operaciones lógicas, se puede llevar a cabo un proceso conceptual de “reducción a trabajo fechado”, respecto de las mercancías reproducibles (aunque no con el carbón o el petróleo) de manera que el “residuo” material se hace tan pequeño como se quiera en términos cuantitativos; pero no se desvanece cualitativamente. Al igual que tampoco desaparece la necesidad de “tierra fértil”, que puede ser mayor o menor, y que puede acaso cultivarse “sosteniblemente” o tal vez degradarse, sin que ello sea irrelevante para llevar a cabo una correcta valoración económica, tanto en el plano de la explicación científica, como en el plano tecnológico o normativo.

Por estas razones es un error, a mi entender, oponer propiedades físicas o biológicas a propiedades económicas, cuando lo que debemos intentar es conjugarlas a través de esquemas analíticos profundos. Apostar por la “desconexión”, es decir, por la autonomía radical de lo económico, resulta una mala opción teórica que puede llevar a afirmaciones que el tiempo revelará como profundamente equivocadas. No me resisto a traer a colación, como ejemplo significativo de este error estratégico,

una rotunda, y hoy claramente refutada, aseveración de Pareto. Aunque poco antes se había curado en salud con encomiable cautela, señalando que conocimientos de este tenor carecen de interés, *“al menos por el momento”*, a continuación afirmaba rotundamente: *“No sabemos de qué planta silvestre procede el trigo, pero aunque lo supiéramos, esto no nos serviría de nada a la hora de conocer la mejor manera de cultivar y producir trigo”* (Pareto, 1906, # 33, 23).

En este sentido, y ahora como ilustración en positivo, la idea sobre la que deseamos llamar la atención y que hemos desarrollado en otro lugar (Cf. Barceló & Sánchez, 1988) es que pueden descubrirse vínculos localmente precisos entre precios y propiedades reproductivas de ciertos bienes "autorreproducibles". Ejemplos obvios de este subgrupo de bienes económicos son los animales y plantas cuyo proceso de maduración y reproducción se encuentra hoy en día bajo control humano, aunque en su origen fueran recursos naturales. (Conviene puntualizar, no obstante, que también pertenecerían a dicho género unos hipotéticos “robots de von Neumann”, es decir, capaces de construir réplicas de sí mismos). Pues bien, el primer hecho a recalcar es que la capacidad reproductiva de tales bienes puede cuantificarse con alguna precisión o exactitud. Reiteramos desde luego que estas tasas de reproducción no son constantes atemporales, sino todo lo contrario; pero aseveramos que pueden ser concebidas razonablemente como parámetros, para un ambiente dado y para un período histórico determinado. Hemos bautizado a esas magnitudes con el término "tasa específica de excedente", las simbolizamos con la letra tau y definimos su valor numérico (en una primera aproximación al tema) como

$$\tau_A = (\text{cosecha de } A - \text{siembra de } A) / \text{siembra de } A$$

Ahora bien, la definición de tau recién estipulada puede relajarse a fin de ampliar sus dominios en varias direcciones. Una primera vía consiste en abordar el caso de los bienes

multiperiódicos (almendros u ovejas, por ejemplo). En concreto, si se adopta el punto de vista de que "una gallina es simplemente el procedimiento que utiliza un huevo para hacer otro huevo", los procesos autorreproductivos son representables mediante una sucesión de flujos cuantificados y fechados ( $q_t$ ), con lo que se obtiene un perfil reproductivo estándar de la especie o variedad considerada. Esta sucesión es siempre finita y puede ser expresada en tantos por uno. Entonces, bajo este formato normalizado, los procesos autorreproductivos multiperiódicos que pretendemos modelizar pasan a tener la misma estructura formal que las operaciones financieras de devolución de préstamos con plazos y pagos irregulares. De ahí que a cada proceso de esta clase se le puede asociar la misma magnitud,  $\tau$  (tau), formalmente análoga a la tasa interna de rentabilidad. Su valor numérico, por lo tanto, podrá determinarse según la bien conocida fórmula financiera:

$$1 = \sum_{t=1}^n \frac{q_t}{(1 + \tau)^t}$$

Una vez averiguado el valor de tau, es fácil construir una pirámide de población ideal (de vacas, de ovejas, de almendros, de avellanos) cuya estructura se mantenga intacta a lo largo del tiempo lógico y genere en cada período un excedente con esta misma configuración (esto es, representable por un vector proporcional u homotético). Esta "pirámide balanceada" puede verse entonces como un "bien compuesto" con una estructura prefijada, así que se comportará (como un todo) igual que los bienes uniperiódicos.

En resumidas cuentas, desentenderse de los rasgos objetivos que envuelven la actividad económica me parece una equivocación estratégica. El error no radica en la orientación adoptada por Pasinetti, sino en la asunción de unas hipótesis singulares que considero muy inadecuadas. En efecto, los supuestos que hace Pasinetti implican una economía basada



literalmente en la pura recolección en el marco de una naturaleza un tanto pródiga, con actividades artesanales subsiguientes, pero sin agricultura ni ganadería. En efecto, sólo bajo tales supuestos cabría considerar el trabajo como "único factor último de la producción". Pues es obvio que exclusivamente con trabajo humano no hay manera de conseguir ni un pan ni una tortilla. Resulta patente, en suma y a mi modo de ver, que un esquema teórico que oscurezca o elimine los condicionamientos de la reproducción económica (y de la reproducción natural, a secas) ha de ser reputado como no plenamente satisfactorio, a poco que uno atienda ya sea al marco ecológico en el que operan las sociedades humanas, ya sea a elementales consideraciones históricas sobre los decisivos cambios iniciados con la "revolución neolítica".

### **3. El trabajo humano, ¿factor último?**

El segundo asunto que queremos abordar, en esta nota crítica, se refiere a la consideración del trabajo como "factor último de la producción", según plantea Pasinetti en *Structural Change* y extiende hasta el límite en *Structural Economic Dynamics*, obra ésta en la que los únicos referentes fundamentales son precisamente el trabajo y unos bienes de consumo para cuya obtención sólo hace falta trabajo. Ahora bien, a mí me parece evidente que el supuesto de "*production of commodities by means of labour alone*" (Pasinetti, 1993,16) es una abstracción con un coste analítico elevadísimo: la contrapartida real es una economía donde se "producen" e intercambian caracoles, espárragos, setas, plátanos silvestres, masajes, espulgos y poco más. No sólo los arcos y las flechas, sino incluso los productos más humildes y tradicionales de la afamada dieta mediterránea –pan, aceite, vino– quedan excluidos por hipótesis del catálogo de mercancías. Más aún, adelantando nuestra tesis, resulta que (si se contemplan los hechos con esmero) ni siquiera en una economía de recolección simple, como la que practican sobre poco más o menos las

manadas de gorilas, sería de recibo sostener que el trabajo es el único factor último de la producción.

Pero antes de ahondar brevemente en este asunto deseo recalcar dos aspectos. Primero, que el trabajo no existe como cosa concreta, sino que es básicamente el nombre que damos a ciertas actividades de los seres humanos en determinados contextos. En segundo lugar, que si bien el trabajo representa, sin duda, el *input* más destacado en la historia de la producción, pueden muy bien concebirse situaciones en las que predominen otros "factores". De ahí que conceder una patente de exclusiva al "trabajo productivo" e imputar el carácter de "dato" o "restricción" al resto de condicionamientos (muchos de los cuales han sido modelados a lo largo de una dilatada trayectoria de interacciones complejas) no parece una buena estrategia científica, máxime si uno es consciente de que la "productividad del trabajo" es un atributo sistémico, contextual y de muy difícil cuantificación rigurosa; además, entra en quiebra cuando la economía de referencia hace uso destructivo de recursos naturales no reproducibles, o explota de forma insostenible los reproducibles. Por añadidura, para que el análisis sea completo y satisfactorio tendría que darse cabida asimismo a las diferentes actividades domésticas, que son ineludibles para que los bebés lleguen a convertirse algún día en trabajadores.

Con todo y con eso, resulta que con frecuencia se postula, y hasta se sostiene con naturalidad, que el trabajo es un "*input* primario de la producción", como si fuera posible un flujo de trabajadores cayendo del cielo hechos y derechos. La idea es un claro disparate, aunque tenga visos de verosimilitud en enclaves determinados, como la ribera norte de río Bravo o las costas de Tarifa. Pero, al fin y a la postre, no hay que sacar mucha punta a los argumentos para probar que los seres humanos han de recorrer un largo camino desde su concepción y nacimiento hasta que llegan a convertirse en trabajadores. Y, por naturaleza, durante este lapso necesitan ineludiblemente cuidados, víveres,

protección e incluso afecto. De manera que resulta improcedente escamotear, y peor aún falsificar, el hecho de que el trabajo es una actividad humana que también está rematadamente sometida al principio de la reproducción. De ahí que resulten completamente inaceptables supuestos tales como equiparar población total y población trabajadora (cf. Pasinetti, 1993, 28).

En suma, desde el enfoque de la reproducción y el excedente hay que hacer todavía más hincapié, si cabe, en que la "fuerza de trabajo" tiene que entenderse como una capacidad que emerge a medida que las personas van madurando, y que requiere una restauración diaria y generacional. Esta capacidad, por otra parte, tanto si se usa como si no, se pierde inexorablemente día tras día. Conviene no olvidar, además, que los servicios laborales, como los servicios de la maquinaria, no pueden separarse del substrato material que es quien los realiza o lleva a cabo; encima, ni el trabajador ni la maquinaria son en puridad un depósito de servicios que puedan concentrarse en el tiempo. Porque, como bien recalcó Georgescu-Roegen, "*if an engineer tells us that one hotel room will probably last one thousand days more, we cannot make one thousand roomless tourists happy now*" (Georgescu-Roegen, 1971, 226).

Elucidar estos asuntos no es fácil; pero tampoco han de calificarse como misterios impenetrables. En concreto, voy a sugerir que la noción de "subsistema" (Cf. Sraffa, 1960, Apéndice A) constituye un artilugio mental idóneo para orientar investigaciones que tengan por objeto el análisis del trabajo humano. Recordemos que la propuesta original de Sraffa consistía en fragmentar el sistema económico de partida en tantos subsistemas como bienes hubiera en el producto neto. Cada subsistema poseía, por construcción, la misma estructura que el sistema de partida, pero en cada uno de ellos cristalizaban unas proporciones singularizadas a fin de cumplir un requisito determinado. La meta era que la balanza *input/output* de cada uno de esos subsistemas contuviera dos paquetes idénticos (una

especie de “catalizador” que entra y sale sin alterarse) más una cantidad de trabajo en el lado de los *inputs*, y una cantidad determinada (pero desconocida de antemano) de una sola mercancía en el lado de los *outputs*. La gracia de esta maniobra conceptual estriba en que, además de dar realce a una conexión avalada por el sentido común, permite estipular con indudable legitimidad una correspondencia precisa entre cuantías de dos entidades heterogéneas, a saber, trabajo y unidades físicas de la mercancía *m*. Por añadidura, vale remarcar que esta manipulación teórica ayuda a liberar de magma metafísico al principio del valor trabajo.

Pues bien, esta herramienta conceptual es muy potente, y puede ajustarse para realizar cometidos paralelos, pero diferenciados. En breve, un subsistema generalizado puede concebirse como una transformación compleja (o combinado de transformaciones moleculares) en la que participan un conjunto de elementos (el “catalizador”) más aquel factor que se quiere poner de relieve, y de la que emerge (al cabo de un lapso temporal bien determinado) un *output* conjunto formado por la misma (idéntica) cantidad de “catalizador” más una unidad del producto (*m*) que se ha puesto en el punto de mira del análisis. Si la maniobra resulta factible podremos asociar al producto *m* una cantidad determinada del factor seleccionado, y podremos hablar sin mixtificaciones de la cantidad de factor “embutida” o contenida en *m*.

Quizá sea conveniente ilustrar ahora esta idea con un ejemplo muy simple. Imaginemos una explotación avícola semiautárquica con gallinas que sólo consumen maíz y que carecen de valor una vez concluida su etapa ponedora. La noción de subsistema muestra que es posible idear (e incluso construir realmente) una situación en la que, en términos multisectoriales, período tras período, la población gallinácea se mantuviera íntegra, consumiera una determinada cantidad de maíz y produjera una

determinada cantidad de huevos para vender al exterior. Tendríamos, en este caso,

$$\text{Gallinas} + q \text{ maíz} \longrightarrow \text{Gallinas} + h \text{ huevos}$$

lo que exactificaría la idea de sentido común de que un huevo es en el fondo, en ciertos respectos, una determinada cantidad de maíz ( $q/h$ ), al igual que en el fondo los embutidos son carne, los plásticos son petróleo y casi todos los bienes, trabajo humano.

Esta noción de subsistema es, a la postre, fructífera y polivalente. Intentemos aplicar estas ideas al campo del trabajo humano. Empecemos señalando un paralelismo obvio entre los servicios laborales y los servicios de la maquinaria. Así, para el caso emblemático que antes mencionamos, la línea de producción que refleja cómo emergen servicios de las máquinas rezaría:

$$\text{Máquina} + \text{Mantenimiento} \longrightarrow \text{Máquina vieja} + \text{Servicio}$$

Cuando se quiere afinar el análisis mediante subsistemas hay que modelizar el caso de una nave industrial en estado estacionario, con máquinas de todas las edades que se van reponiendo a medida que se van desechando las jubiladas. Junto a este catalizador –un conjunto de máquinas con cohortes de edad bien definidas– tendríamos en el platillo izquierdo las tareas de mantenimiento y los costos reales de reposición, y en el derecho el surtido de servicios que esta colección de máquinas ha realizado (o hubiera podido realizar) durante el período de referencia.

Aplicando la misma lógica tendríamos para el caso de la fuerza de trabajo la siguiente estructura de transformaciones:

$$\text{PT} + \text{Mantenimiento y reposición} \longrightarrow \text{PT} + \text{FT}$$

Esto es: la clase trabajadora (PT) con bienes y servicios para mantenimiento y reposición permanece en el tiempo (conservando su estructura y su cardinalidad), a la vez que es capaz de realizar un cúmulo de servicios laborales (FT) durante el lapso considerado.

Llegados a este punto, cabe perfilar aún más el panorama, si se atiende a una legítima queja repetidamente manifestada por la economía feminista. Se trata de lo siguiente: en el argot académico se habla a menudo de "consumo", aun cuando en realidad nos las habemos con una "compra", puesto que parece indiscutible que no es lo mismo comprar unos zapatos que consumirlos. Pero más grave es todavía, si uno se toma los modelos al pie de la letra (que es lo recomendable, en términos epistemológicos), observar que la mayoría de los "consumidores" que transitan por los manuales de economía comen los filetes crudos, quizá con platos y cubiertos desechables, dado que no asoma por ningún lado el trabajo doméstico no asalariado vinculado a la preparación de los manjares y la limpieza de los enseres.

Y la realidad patente es que tanto el consumo cotidiano como la reposición generacional de la clase trabajadora está mediada por una gran cantidad de trabajo doméstico (en general, a cargo de mujeres), de manera que no puede hablarse en puridad del "factor trabajo", ni del "consumo necesario" de los trabajadores (o de su "explotación") sin esclarecer la red de relaciones jerárquicas y de dependencias económicas que se fraguan en el ámbito familiar (o unidad de convivencia). Es mérito de la economía feminista haber revelado el ocultamiento sistemático de estas realidades por parte de la ciencia hegemónica y haber realizado importantes exploraciones de estos territorios (cf. Carrasco, 1991; Picchio, 1992; Borderias *et al.*, 1994). Por supuesto, aún queda mucho por hacer, por investigar, por denunciar, por experimentar; pero algunos cambios, tanto en lo

que se refiere a valores como a comportamientos, parecen ya conquistas históricas difícilmente reversibles.

En términos esquemáticos, para el asunto que ahora nos ocupa, desde la sensibilidad de género, un plan de trabajo razonable consistiría en establecer unas pautas analíticas que pusieran de manifiesto los siguientes aspectos: a) En todo caso el sujeto explotado sería propiamente la familia (evidentemente en el seno de la cual se han dado históricamente diversos tipos de mutualismo y parasitismo, y no han sido raros los casos de subordinación política combinada con parasitismo económico). b) La familia requiere para su mantenimiento y reproducción recursos procedentes de los ámbitos productivos (mercantiles o no) junto con trabajo doméstico; pero el peso relativo de cada una de estas dos fuentes no sigue ninguna regla sencilla y depende de muchísimas circunstancias. c) La familia genera (y regenera) servicios domésticos y fuerza de trabajo, también en proporciones variopintas, y mediante el uso de estas capacidades obtiene bienes materiales y suministra una producción doméstica que mantiene en forma a la unidad familiar, a la vez que satisface diversas necesidades, deseos y hasta caprichos. Sin duda, el grado de bienestar alcanzado no es homogéneo ni está libre de tensiones, al tiempo que depende de complicadísimos factores internos y externos, del entorno, de las instituciones, de los valores sociales. Pero la base fundamental no parece nada misteriosa.

Por consiguiente, en términos un tanto toscos, la cadena de procesos transformadores o "líneas de producción" pertinentes para representar el mantenimiento y reproducción de una unidad familiar, que va envejeciendo y desgastándose con cada ciclo, podría expresarse así. En el primer eslabón tendríamos la unidad familiar, bienes salariales y trabajo doméstico; luego, los bienes salariales en combinación con el trabajo doméstico se convierten en producción doméstica; a continuación, el consumo de ésta revitaliza a los individuos y recarga la capacidad de trabajo de la familia (es decir, fuerza de trabajo y capacidad de trabajo

doméstica); finalmente, las antedichas capacidades se materializan en el ámbito productivo y en el ámbito familiar: entonces la unidad familiar vuelve a disponer de bienes salariales y de trabajo doméstico, con lo que regresamos a la situación definida en el primer eslabón de esta cadena reproductiva.

Sean o no estas indicaciones adecuadas para abordar los objetivos más arriba mencionados, lo que queda fuera de discusión es que no es de recibo ocuparse en serio del trabajo asalariado pasando por alto lo que acontece en el ámbito familiar. En cualquier caso, si se quiere cuantificar de manera (aproximadamente) rigurosa el trabajo necesario requerido para el mantenimiento de un sistema económico habrá que idear los artilugios conceptuales (o “constructos”) idóneos para dar razón de los hechos ineludibles que involucran propiedades consustanciales con la naturaleza biológica y social de las personas humanas, así como atender al papel del poder, de las jerarquías y de los valores en el ámbito familiar.

Como colofón final de esta nota desearía recapitular lo siguiente. Los actuales sistemas económicos (si es que hay más de uno) están compuestos por una enorme cantidad de procesos productivos y distributivos que tienen como objetos de referencia a miles de millones de mercancías singulares y a miles de millones de personas. Hay complejas interconexiones entre todos esos elementos. Pero la razonable asunción de una interdependencia generalizada no implica afirmar que todos los vínculos son del mismo calibre. Por lo tanto ha de ser posible, al menos en principio, detectar relaciones privilegiadas entre algunos elementos particulares. El enfoque de la reproducción y el excedente suministra una trama analítica de gran potencia, tanto para el análisis global, como para los estudios locales o sectoriales. Así que no debiera caer en saco roto la hipótesis de que las condiciones reproductivas han de desempeñar un papel primordial como eje vertebrador de las propiedades económicas.



Es recomendable, pues, examinar estas condiciones con imaginación, rigor y realismo.

(Una versión escueta de la primera parte de esta nota crítica se publicó en Barceló, 1988. El trasfondo de algunas de las ideas aquí apuntadas se ha desarrollado en Barceló, 2003. Jordi Roca sugirió algunas puntualizaciones pertinentes que se han incorporado a esta versión final)

## Referencias bibliográficas

- Baranzini, M.; Scazzieri, R. (eds.) (1986): *Foundations of Economics*. Oxford, Basil Blackwell.
- Barceló, A. (1988): "Pasinetti y los bienes autorreproducibles". *Cuadernos de economía* (Barcelona). Vol. 16, n. 45, 161-164.
- Barceló, A. (1990): "Are there economic laws?", en P. Weingartner & G. J. W. Dorn, *Studies on Mario Bunge's Treatise*. Amsterdam, Rodopi, 379-396.
- Barceló, A. (2003): "Objetivo: Cuantificar la reproducción". *Investigación económica* (México), vol LXII, n. 245, pp. 71-106.
- Barceló, A.; Sánchez, J. (1988): *Teoría económica de los bienes autorreproducibles*. Barcelona, Oikos-tau.
- Borderías, C.; Carrasco, C.; Alemany, C. (comp.) (1994): *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona, Icaria.
- Carrasco, C. (1991): *El trabajo doméstico. Un análisis económico*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Galiani, F. (1751): *Della moneta*. Coll. Custodi, Parte Moderna, Tomi III-IV, Bizzarri, Roma, 1966.
- Galiani, F. (1770): *Dialogues sur le commerce des blés*. Coll. Custodi, Parte Moderna, Tomi V-VI, Bizzarri, Roma, 1967.

- Georgescu-Roegen, N. (1971): *The Entropy Law and the Economic Process*. Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- Georgescu-Roegen, N. (1986): “*Man and Production*”. In Baranzini & Scazzieri, pp. 247-280.
- López de Peñalver, J. (1812): *Reflexiones sobre la variación del precio del trigo*. (Reproducido en Juan López de Peñalver, *Escritos de López de Peñalver*, edición de Ernest Lluch, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1992, pp. 71-135).
- Pareto, W. (1906): *Manuale di economia politica*. Padova, CEDAM, 1974.
- Pasinetti, L. L. (1981): *Structural Change and Economic Growth*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Pasinetti, L. L. (1993): *Structural Economic Dynamics*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Picchio, A. (1992): *Social Reproduction: the Political Economy of the Labour Market*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Slicher van Bath, B. H. (1963): *The Agrarian History of Western Europe: A.D. 500-1850*. Arnold.
- Sraffa. P. (1960): *Production of Commodities by Means of Commodities*. Cambridge, Cambridge University Press.

[PS. 2021. Esta nota se publicó en la *Revista de Economía Crítica*, n. 5, marzo de 2006, pp 89-101. Se reproduce sin ninguna modificación].